

Los espejos del tiempo

Agustín Monsreal

Acostumbrado a llegar tarde a todos los lugares, el hombre que habla en las siguientes páginas nació cuando el escritor Efrén Hernández ya no estaba presente en este mundo. Sin embargo, su admiración por el creador del célebre cuento “Tachas” lo lleva a imaginar una conversación —en la que la ficción se entrevera con el ensayo— en torno a la sapientísima literatura del mítico Efrén.

Lástima, yo no conocí a Efrén Hernández. Cuando yo llegué, él ya se había ido. Me entretuve en cierta parte del camino, mirando los planos hechos por unos urbanistas para doblar una esquina, o derrumbado en la banca de algún parque dando de comer trocitos de maíz a una familia de palomas, y ya no alcancé a conocerlo. Una de dos, o Efrén nació demasiado serio, o yo nací muy tarde. No tengo seguridad de nada. Si tuviese alguna seguridad, aunque fuese pequeñita como recién nacida, podría yo inventar determinadas cosas. Pongamos por caso, que Efrén escribía con tinta azul verde; que para pensar necesitaba medio cerrar los ojos; que le daba por querer ser como el tiempo que consiste sólo en pasar, únicamente en irse; que era un sólido constructor de castillos en el aire.

Pero miente usted, me regañaría Efrén. Esas tontearías que usted dice no son ciertas. Cómo se ve que usted no me conoce.

Y tiene razón Efrén al reclamarme de esa manera. De modo que, como no lo conocí, tendré que inventarle sólo las cosas que puede inventar alguien que no lo conoció porque llegó tarde. Ese alguien, por supuesto, soy yo, que en virtud de que invariablemente me levanto tarde, irremediablemente llego tarde a todas partes.

Siempre ha sido igual, desde mi nacimiento. Según las cuentas de mi mamá y de la partera, debí de haber nacido un primero de septiembre, lo mismo que Efrén, pero me retrasé y nací hasta el 25, poco después de las seis y media de la mañana, luego de que mi mamá, impaciente y preocupada como todas las mamás que ven pasar las horas por la ventana mientras esperan a sus hijos, me esperó sin poder dormir a lo largo de toda la noche. Cuando por fin me decidí y le abrí de par en par sus puertas al mundo, tan quitado de la pena, con la inocencia de quien no conoce nada del mundo, ella no me reprochó mi tardanza. Todas las mamás, al ver que su hijo está sano y salvo, que viene con los deditos completos, prefieren ofrecerle a uno si quiere de cenar. Mi mamá no me dijo si quería yo cenar, primero, porque ya era de mañana y cualquiera sabe que en la mañana no se ofrece cena sino desayuno, segundo porque tanto esperarme la tenía verdaderamente agotada, y tercero porque la partera le había dado un remedio para descansar. Así que lo único que hizo fue acurrucarme en sus brazos y quedarse dormida.

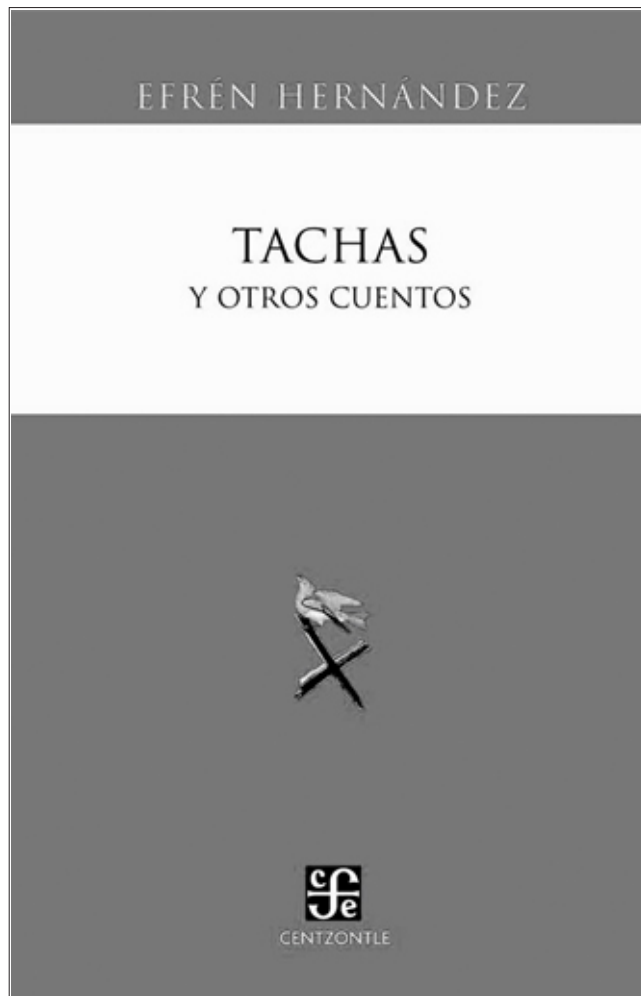
Yo, que por el esfuerzo y la emoción de haber nacido me encontraba aún muy tembloroso, no conseguía enhebrar ni un hilito en el ojo de la aguja del sueño. Por

eso, mejor me puse a pensar, y pensé que a qué se debería el haber nacido tan tarde, y si aquello era bueno o era malo. Claro que, cuando digo tan tarde, no me refiero a la mañana, que para entonces ya correteaba con su escándalo de luz por todas partes, sino a los 24 días después de lo previsto. En cuanto terminé de pensar esto pensé también, pero en silencio, para que mi mamá no fuera a despertarse con el ruido de mis pensamientos que era un ruido como de ratón chiquito comiendo migajas de pan viejo, que no podía deberse a que estuviese yo embobado mirándole sus caprichos y sus andanzas a las nubes del cielo, ya que no era posible ver el cielo desde donde yo estaba, ni tampoco porque estuviese viendo jugar a un angelito, ya que los angelitos viven detrás de las estrellas y eso queda muy lejos. ¿Entonces? Entonces quién sabe. Quizá, simplemente, no nací cuando me tocaba porque la vida me dio una palmadita en el hombro y me dijo no te apures, tómallo con calma. De modo que me seguí tan tranquilo engordando la barriga de mi mamá hasta el día de mi nacimiento.

Y desde ese día llego tarde adonde sea, tanto así, que hay quienes aseguran que aun a mi entierro voy a llegar tarde. Y cuando llegue, corriendo y ofreciendo disculpas por la demora, quién quita y la gente ya se cansó de llorar, de hacer recuento de mis cualidades, de preguntarle a Dios por qué me llevó tan pronto. Y Dios, si amaneció de buenas, si no está muy aburrido de no hacer nada después de crear el mundo, acaso responda que porque sólo adelantándome la hora podía hacerme llegar a tiempo a mi cita insobornable con la muerte. Con todo y eso, para vergüenza mía y de Dios, ya están a punto de enterrarme y de mí ni mis luces. El entierro se programó para las dos de la tarde y ya van a dar las cuatro.

Es tardísimo. Y tal vez, a estas horas, Efrén Hernández esté con una cara de este tamaño, disgustadísimo conmigo, porque me he pasado el rato contando cosas de mi persona cuando de lo que se trata aquí es de hablar de él. Sin embargo, yo me defiendo de esta acusación y le replico: No se enoje conmigo, Efrén, yo qué culpa tengo. Usted se conocía harto pícaro y harto mosca muerta y mátalas callando; yo, en cambio, no lo conocí. Además, yo no soy el único que anda pegando de saltos de aquí para allá como un saltaparedes; tampoco soy el único tardón en este planeta.

Y para consolarme, o para justificarme con Efrén, le pongo de ejemplo a la noche, que a veces se queda dormida y por más que el alba le toca y le toca y casi le tira la puerta, nada que logra despertarla para que deje entrar al día; otro ejemplo es el de las nubes, que son muy enamoradizas y se van con el primer viento que pasa y por eso no puede dar comienzo la temporada de lluvias; un tercer ejemplo lo encontramos en “Tachas”, el primer cuento que disfruté de Efrén, donde el señor Juárez se

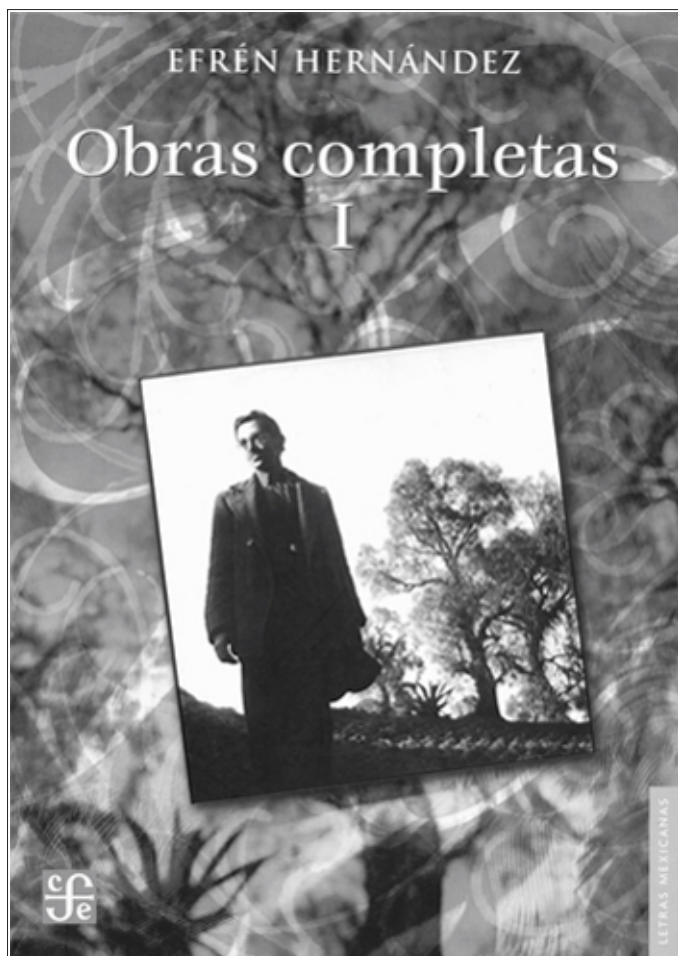


tarda una eternidad en darse cuenta de que es a él a quien el maestro le pregunta qué cosa son tachas.

Yo también lo ignoro, pero lo que sí sé, Efrén, es que a usted le decían Tachas, por su cuento, y que tenía un amigo al que usted le decía Tlacuache, quién sabe por qué. El Tachas y el Tlacuache. Usted y yo hubiésemos sido buenos amigos, Efrén, como el día y la noche. Tengo fundadas razones para creerlo. Una de estas razones es que el día y la noche son lo mismo, nada más que en la noche la luz brilla por su ausencia, y durante el día la oscuridad no se deja ver. Esto me trae a la memoria aquellos versos que a la letra dicen:

De noche, en un mal paso y sin linterna,
Juan se rompió una pierna.

Bueno, yo nada más me desniqué un tobillo. Y por esta circunstancia he debido guardar reposo, y mientras lo he tenido guardado bajo llave, pues si no lo guardo así capaz que se me escapa y se me puede poner peor el pie, una tarde me puse a imaginar cosas, y entre las muchas cosas que imaginé se encuentra esta: en virtud de que no podía salir, y si no podía salir tampoco podía yo entrar a ninguna parte, se me ocurrió invitar a Efrén para que viniera a casa a tomar el café de después de comer. Esto le molestó muchísimo, ya que tendría que



comer una hora antes de lo acostumbrado para tomar el café en mi casa a la hora de costumbre. Sin embargo, pese a su mal humor, aceptó encantado. Y yo feliz, pues aparte de tomar café, platicaríamos.

Llegó, como solía hacerlo, con los cordones de los zapatos anudados con tres nudos. Fuera de este detalle, que seguramente era una medida para no pisar en falso, venía pálido, temblorino, confundido, desbrujulado, y con los ojos pelones, llenos de pasmo y maravilla. Según esto, se había topado en el elevador a una mujer con unas extremidades inferiores tales que, para dar idea de ellas, de su enjundia, de su excelencia, de su magnitud, precisaría escribir cuartillas, libros, diccionarios, bibliotecas enteras. Yo lo comprendí de inmediato: motivos de asombro de esta calidad únicamente nos es dado contemplarlos cada dos o tres mil años: el diluvio, la resurrección de Cristo, las piernas de mi vecina del 601.

En ese momento, con los ojos de la imaginación, me vi en Efrén como en un espejo. Pero en eso arribó la noche y ya no pude ver nada, ni siquiera a la noche. Y es que con la noche nos pasa que no la podemos ver porque está oscuro, lo mismo que al silencio no lo podemos oír cuando hay ruido. A mí, debo confesarlo, me gusta la noche, por misteriosa y cejijunta. Lo único malo es que en la noche los espejos no sirven ni se puede leer, a menos que prenda uno la luz, aunque si prendemos la luz, la noche ya no tiene chiste. Es como la lluvia cuan-

do se va por aquel rumbo y cae lejos de mi casa, cuando lo bonito es oírla retozar por la azotea, mirarla cómo les da de beber, como si las amamantara, a las plantas del patio, sentirla cómo besa con sus labios de agua la piel de las ventanas, cómo hace palpitir con palpitaciones nuevas el corazón del silencio, que por supuesto es un corazón de lo más callado.

¿Igual de callado que Efrén? Quiero decir, no cuando imaginé que me visitaba, sino en la realidad, en su vida real de todos los días. ¿Era Efrén Hernández un hombre callado? ¿Era un hombre nocturno? Creo que sí, y creo también que por eso sabía escuchar lo que dicen las cosas cuando en apariencia no están diciendo nada, y que por eso es que sabía observar con los ojos abiertos hacia dentro, hacia el fondo de sí mismo que es donde surgen las revelaciones, donde tienen lugar y cabida los milagros.

Es cierto, ciertamente, yo no conocí a Efrén Hernández. Sin embargo, tengo un libro suyo, y cada que lo leo, como cada vez que salgo de golpe de la oscuridad de mi cuarto a la luz del mediodía, me deslumbro y me maravillo y al mismo tiempo me digo que es una lástima no haberlo conocido. Lástima, me digo, ahora ya no puedo pedirle que me cuente en qué cajoncito del buró de su alma tenía escondidos a sus demonios, en qué otro cajoncito guardaba esas tantas imaginerías que iba tejiendo y destejiendo y le salían convertidas en historias inmóviles, en personajes pacíficos que ven pasar las nubes de la vida por el agujero tímido de la ventana, silenciosos como ratoncitos sordos o enteleridos como pájaros con sueño agarrados al cable de la luz; de qué otro cajoncito, de los innumerables que tenía, colmados de sueños de papel, de invenciones y palabras esperando sólo los delirios cosquilleantes de la punta del lápiz, sacaba Efrén todo ese lúcido palomerío de desmesuras con que jugaba a las idas y vueltas, esa íntima geografía de ideas y reflexiones matizadas de humorismo con que practicaba el estira y afloja de la doliente soledad, esa limpia complejidad de argumentos y divagaciones que en él son un puro abrirle y cerrarle puertas insospechadas al conocimiento de lo que tenemos frente a la frente, junto a lo más junto: la grandeza de lo nimio, el valor de lo insignificante, el universo visto a través del microscopio.

Por último —ya no quiero aprovecharme más de la presencia de Efrén, que debido a mis habladurías ha de estar muerta, muertecita de sueño, o sentirse como globo en fiesta de alfileres—, sólo diré que he leído de no sé qué comerciante, un tal Juan, que habiéndole pedido el rey dos o tres millones de monedas del reino, el comerciante se los regaló sin que se notara disminución en su fortuna. Y bueno, pues así yo, con las monedas de mi admiración y mi lealtad de siempre, aunque no lo haya conocido, le doy a Efrén Hernández un millón de gracias por su deliciosa, por su incanjeable, por su sapientísima literatura. **u**